



ÁREA 3. CUADERNOS DE TEMAS GRUPALES E INSTITUCIONALES (ISSN 1886-6530)

Nº 12 – Primavera 2008

El grupo mediador entre marco y viaje en situación intercultural ¹

Mourad KAHLOULA ■

A pesar de que existe una producción importante de textos sobre los inmigrantes³ y las inmigraciones, son escasas las reflexiones provenientes del sentir auténtico, pensadas y reveladas mediante la escritura. Revelador resulta el hecho de que se escriba sobre los inmigrantes, hablando en su lugar, a partir de donde ellos se buscan, y a menudo con un desconocimiento total de una vivencia profunda, de un sentir que les es propio.

“... el inmigrante, aquél del cual se habla, no es más que el inmigrante tal como se lo ha constituido, tal como se lo ha determinado o tal como se lo piensa y tal como se lo define. Quizás no haya objeto social más fundamentalmente determinado por la percepción que se tiene de él...” escribía SAYAD (1999).

Por nuestra parte, debemos abordar el tema allí donde nos parece sustancial: por la vía del sentir, de lo sentido en el momento en el cual nosotros mismos vivíamos la experiencia de un cambio brusco y decisivo que afectaba nuestro código cultural: nuestra propia experiencia de cambio cultural. Es el espacio/tiempo de esta emigración y de un regreso hacia el país de origen que fue el marco de emergencia, en “el después” de la elaboración de la ruptura, de los esbozos de cuestionamientos que demuestran la alteridad cultural, la capacidad de situarse con respecto a una doble identidad, y la necesidad de encontrar, crear un grupo mediador que garantice la continuidad psíquica y cuyos fragmentos se encuentran en este escrito.

Se puede constatar que los inmigrantes se ven afectados en lo cotidiano por la inseguridad, la delincuencia, el paro, y al ataque a la identidad de la tierra de acogida. La inmigración se asimila cada vez más con un peligro interior y la angustia que se le asocia se transforma en una vivencia de amenaza de los referentes identitarios que dan lugar al sentimiento de constituir una “nación homogénea” en las poblaciones de acogida.

¹ Traducción de Josette Pozo

² El Pr. Mourad KAHLOULA es Docteur d'état en psychologie Clinique interculturelle. Directeur de l'école Doctorale « études des groupes et des institutions » Université d'Oran Algérie

³ Le terme migrant est utilisé ici distinctement du terme immigré ou émigré et s'entend dans une situation de « transition » durant laquelle le pays d'origine est devenu une part du passé, alors que la terre d'accueil n'est pas encore « métabolisée » comme lieu de réel investissement psychique subjectif. Les migrants sont ici, ceux qui déjà partis ne sont pas encore (ou pas toujours) arrivés.

Los inmigrantes provenientes del Magreb, portadores de cultura musulmana están bien ubicados para provocar las noticias y reactivar los antiguos miedos de las sociedades de acogida obsesionadas por la crisis económica y a menudo desgastadas por la crisis (en el sentido de cambio brusco y decisivo) social, ética y de valores colectivos, de civilización.

Estos miedos se reflejan ampliamente en el terreno político: aunque se encuentren marginalizados del debate y de la gestión de lo público. En la mayoría de los países de acogida, los inmigrantes son hoy el espectro y la temática de los desafíos electorales.

Paradójicamente, es en este contexto de cuestionamiento permanente de su presencia y de su mismo ser, (cuestionamiento que puede tener apariencias diversas y que más allá de sus apariencias tiene una expresión más o menos similar – de la “extrañeza exótica”, a la violencia racista, el material resulta invariablemente inagotable-) que los inmigrantes viven cada vez más su porvenir, a pesar de una gran confusión identitaria, como algo que transcurre de ahora en adelante más afuera de su país que en su país de origen ya que sus presencias no constituyen más un fenómeno temporal sino un dato estructural.

En una confusión identitaria absolutamente concomitante con la incapacidad, por el rechazo que sienten, para encontrar sus lugares en las sociedades de “acogida”, los inmigrantes deben acomodarse de ahora en adelante con la hipotética perspectiva del regreso muy incierto en verdad, incluso irrealizable y tienen que desarrollar mecanismos de adaptación a una sociedad preocupada por su presencia que no siempre ofrece un marco de acogida en tiempo y lugar donde el inmigrante lo busca y anticipa la ilusión de encontrarlo.

No considerado durante mucho tiempo por la primera generación de inmigrantes, el deseo de “inclusión”, mediante una reivindicación de reconocimiento a menudo “mal” y/o patológicamente (por lo sintomático) expresada, trata de reemplazar, en la generación siguiente, lo que se ha transformado con el tiempo en una fábula de un retorno definitivo al país de origen.

Esta reivindicación de reconocimiento puede también dejarse ver en algunos a través de ciertos comportamientos refractarios (como señales de alarma que quieren llamar la atención sobre su presencia, a menudo barrida fuera del campo socio-económico de la sociedad de “acogida” en un movimiento negador de su propia existencia) y las historias de estos jóvenes provenientes de la inmigración están llenas de ruidos, de furor, de descontrol, de violencia por la supervivencia, como para escapar de la locura de la no aceptación, del no acceso a un lugar, queriendo estar involucrado psíquica, social y económicamente. Un lugar que ya no sea un lugar de tránsito sino un lugar de vida donde se encuentre la capacidad de vivir creativamente se vuelve a recuperar y crear; un lugar que les devuelva la palabra dónde estaría ausente la angustia de ser sin asignación entre un allí perdido y un aquí todavía sin encontrar.

Mientras tanto, parece desarrollarse un movimiento defensivo paradójico: por una parte, entre una reivindicación “de integración” “ruidosa” y espectacular que parece traducirse en muchos casos en la construcción de personajes conformes a las expectativas de la sociedad de acogida (vestimenta, costumbres de alimentación, adaptación de prohibiciones religiosas...), construido bajo la “mirada del otro”, (a menudo hostil o ignorante de lo que el inmigrante es) lo que constituye la primera trampa de la incorporación y del desarrollo de falsos self en el sometimiento al código del otro y la escotomización de sí.

Aquí no se le deja ningún tiempo al “tiempo transicional, aquel durante el cual el inmigrante jugaría con los objetos, con los demás o con el código ya que por ahora” nos dice KAES

(1979, p.28) “son estos objetos, los centros y el código quienes se burlan de él”. En efecto, hace falta tiempo para pensar/curar (Juego de palabras entre penser/panser que se pronuncian igual en francés) la ruptura, para comprenderla, elaborarla, después de haberla vivido y poder transmitirla. La inmigración es aquí “viaje” hacia el alivio y la asignación para ser lo que el otro espera que uno sea.

De modo ambivalente, dicha reivindicación de integración social se asemeja, en muchos inmigrantes, a una cierta búsqueda y reexaltación de la identidad original que tiene la forma a menudo de un “retorno forzado a la religión”, a las tradiciones y todo lo ligado a ello, como una resistencia a la asimilación que busca colocar al inmigrante en un olvido o una negación de los orígenes. ¿Cuántas veces hemos visto deambular por las calles de las grandes ciudades europeas a inmigrantes vestidos con sus “chilabas”, burnus, aâragya, chechias o boubous africanos (*). Acaso nos hemos preguntado si gracias a eso se sentían más musulmanes?

Es de estos dos modos que el sujeto inmigrante en peligro de ruptura de su propia continuidad narcisista, con un déficit objetal, con una falta de vínculo, amenazado de retroceso por sus pulsiones, parece mostrar, frecuentemente, sus reacciones defensivas de supervivencia.

De esta forma, no siempre algunos parecen acceder a una posición armoniosa que les permita manejar, a priori, situarse, de un modo singular, auténticamente subjetivo de gestionar una “paradoja identitaria” y “metabolizar” mediante un proceso de integración psíquica “elaborador”, una cultura, condición necesaria para lograr una “nueva” identidad cultural en movimiento, creadora y como expresión en el campo socio-económico de una real integración beneficiosa para el inmigrante y para la sociedad de acogida.

He aquí, sin duda demasiado sintética, la posición de algunos inmigrantes que se encuentran, a la vez, en un cuerpo a cuerpo con las olas movedizas de la cultura de origen e instaurando en lugar de la subjetividad, una “identidad”, calcada y fija.

El proceso de integración (*) tiene un ritmo regular, conoce la duración del tiempo, el tiempo que se necesita para todo, toma consciencia de la ausencia de la presencia, reconoce la presencia de la ausencia y desarrolla las capacidades para pensar (penser) ésta última, para curar (panser) la herida narcisista de ruptura, consecuencia inherente a toda situación migratoria.

Pensar la ausencia es representársela, insertando, en un lugar, espacio, grupo, mediante reacomodaciones lo ya “dado” cultural al inicio de una toma de consciencia de la pertenencia a un nuevo campo cultural, a un colectivo. Este “proceso de maduración” queda muy alejado de la asimilación a una cultura hasta perderse en ella y no tener más nada que transmitir o de repliegue defensivo en una identidad de origen de la cual el inmigrante sólo conserva, a menudo, la expresión folclórica o la adopción en exceso de comportamientos como “actos de sus pasiones sin tener en cuenta la situación real” (S. Freud “dinámica de la transferencia” de la técnica psicoanalítica, PUF, 1953).

Es que la aceptación de la integración, la elaboración de la ruptura y la capacidad de vivir creativamente pueden ser mayormente desarrolladas cuando no se diluyen en la cultura del otro, por pura asimilación simplista y la “construcción”, en el alivio desmedido, de una personalidad caracterizada por un falso self o por un cierto “repliegue religioso” a veces menos como relación “estrictamente espiritual” con lo divino que como muestra excesiva, incluso violenta, de un trasfondo cultural de origen.

Primeramente, es cierto que esta doble reacción (por una parte, un esfuerzo global de acomodación mediante una incorporación conformista de la cultura del otro, de la sociedad de acogida como para borrar y travestir su extrañeza y también para que los menores no se sientan distintos a los demás; por otra parte, un repliegue hacia la identidad de origen tan fuertemente mostrada al mismo tiempo que es mostrada por los demás como sello de una alteridad despreciada y prohibida) es también la consecuencia de la actitud de rechazo de las sociedades de acogida con respecto a los inmigrantes.

Es porque el entorno no es vivido como intensamente acogedor, confiable y “suficientemente bueno” y la función “contenedora” del entorno en cuestión es deficiente.

Sin un entorno vivido y pensado como confiable, sin contención psíquica como prótesis, sin un lugar señalado, acotado, el inmigrante se encuentra sin protección frente a la angustia de ser errante, sin lugar alguno. Se debe constituir entonces como un neo-entorno sustitutivo, mediador, doble interfaz entre la propia subjetividad y el nuevo código cultural, entre el inmigrante y la sociedad y es el grupo de mediación quien opera a la vez en los procesos psíquicos internos del sujeto y en el entorno social o de otro modo en el conjunto trans-subjetivo.

Es mi propósito entonces a través de este escrito, formular y someter la hipótesis de la necesidad de la existencia de un grupo mediador (terapéutico, social, educativo o de inserción social) y la importancia de recurrir al grupo para el sujeto inmigrante y poder resolver así la paradoja de una bi-culturalidad a menudo generadora de conflicto de identidad por lo que significa como expresión de una discontinuidad psíquica.

Sin duda es inútil recordar la importancia de las formaciones grupales en la estructura de la psiquis (la cual, con el cuerpo, la madre y el yo constituyen los apoyos fundamentales) (R.KAES). La existencia de tal representación del grupo, de tal vínculo con su función de mediación es fundamental en una situación de “crisis” como la inmigración donde la dimensión corte/separación/pérdida llama a la necesidad de una integridad y de una continuidad aquí amenazada; fundamental es ese lugar y esa función donde podrían expresarse formaciones psíquicas de puntos de referencia identificatorios, de meta-defensa y de predisposiciones significantes que abren mediante un sostén posibilidades de elaboración en el espacio intrapsíquico singular pero también el registro de lo intersubjetivo. También sabemos la gran importancia que reviste el sostén grupal en contextos de crisis donde el grupo permite mantener el apoyo vital garantizando la trama de gestión de las funciones de mentalización y de memoria.

Es así como la emergencia de representaciones de un vínculo al grupo mediador podría darle a los sujetos una continuidad entre componentes comunes familiares e históricas asumiendo plenamente al mismo tiempo sus vivencias en el país donde están. Entendiendo que en un mundo vivido como partido en dos, sin ninguna posibilidad de juego de vaivén, de posibilidad de viaje, de paso entre los dos, ofrecido en este caso por la existencia de un grupo mediador, resulta complejo pensar en reacomodamientos en una u otra parte de este mundo y por lo tanto garantizar cualquier continuidad entre las dos partes.

La función de los grupos de acompañamiento, de guía, de formación, terapéutico, en definitiva todo grupo socio-psicológico de “intervención” en el medio inmigrante resulta muy positivo para garantizar las condiciones de emergencia en el inmigrante de una capacidad de confiar en un contenedor suficientemente bueno con la perspectiva de orientar el camino de la vivencia migratoria entre la construcción de falso self mediante la incorporación conformista forzada del código externo y el repliegue en las tradiciones, hacia todo lo ligado a ello y retorno forzado hacia la religión, tipo de repliegue narcisista extremo sobre sí mismo

como defensa contra la amenaza de persecución del afuera a través del cual quisiera afirmarse la subjetividad, como un “significante loco” (Gori, R, 1978).

En efecto, estos grupos transicionales surgen a menudo como la única oportunidad inicial, el único primer espacio/tiempo para el inmigrante para abordar y elaborar su problemática central: sentir como individuo, como psíquicamente separado de los suyos y de vivirse como habiendo “encontrado/creado” un lugar donde ser. “Existir” escribe KAES (Op cit, P.23) requiere el corte del vínculo y el mantenimiento de un lugar continente”. Sin duda es allí donde el inmigrante “encuentra/crea” el espacio/tiempo de una creatividad, de una palabra reencontrada.

Este grupo suficientemente bueno, operativo si nos prestan la expresión, será en primer lugar el que no acentuará ni la amenaza narcisista, ni el déficit objetal, ni la demora en el “aprendizaje” de la vida social.

A continuación será el grupo quien le brindará al inmigrante, mediante ciertas características, (características apoyadas por un dispositivo real, material, visible, sostenido por un marco de pensamiento, una concepción de la guía, del acompañamiento, de la transicionalidad) la oportunidad de implementar un dispositivo de superación de la ruptura y de la paradoja (patológica a nuestro entender) identitaria que surge frecuentemente.

Finalmente, será este grupo quien le brindará al inmigrante, mediante ciertas funciones específicas de los apoyos que ofrece (función supletoria, de prótesis; de contenedor, de marco de elaboración psíquica), el marco para sentir y vivir progresivamente, con dosis sutiles, las exigencias propias de la apertura de un espacio potencial entre un adentro y un afuera... Entonces el sujeto inmigrante podrá sin duda existir, establecer un vínculo social con los otros, ejercer sus capacidades creadoras y la “continuidad materna”, de la cual habla Winnicott, necesaria para abrirle al bebé las “vías” de una madurez mediante “objetos transicionales” intermediarios puede ser, aunque la analogía sigue siendo muy hipotética, trasladada y entendida en este marco, en términos de “continuidad grupal”, el grupo inter (madre) diario no sería una madre que le abriría al inmigrante las vías para una madurez. En este proceso de madurez, el recurrir al grupo, a su funcionalidad psíquica tendría justamente el estatus de “fenómeno transicional” que significa lo que separa y une, delimitaría como un espacio intermedio, con geometría variable entre el sujeto, su grupo de pertenencia cultural y el grupo cultural en el cual vive. El espacio en el cual evolucionaría psíquicamente quedaría de este modo transformado en un espacio donde no podría dejar de ser. Sólo queda por decir que sabíamos el carácter azaroso, incluso aventurero de la formulación de tal hipótesis por una teorización al día de hoy frágil y por un nivel de problematización poco elaborado. No obstante, recordando lo dicho por Green que escribía que la respuesta era la desgracia de la pregunta, nuestros conceptos pujaban por expresar tal pregunta sin esperar respuesta alguna.

BIBLIOGRAFIA

Freud. S , TF , 1953 : Dynamique du transfert in de la technique psychanalytique, Paris, PUF,

GORI ,R ,1978 : Le corps et le signe dans l'acte de parole , Paris , DUNOD.

KAES R ., 1979, crise , rupture et dépassement , Paris , DUNOD.

SAYAD. A, 1999 : Des illusions de l'émigré aux souffrances de l'immigré , Paris, Seuil,